

## EL ESPACIO EN LA ARQUITECTURA

---

El hombre no puede concebir el universo sino como una creación. La cosa es ingenua pero no es posible explicarla de otro modo. Las evoluciones y trasformaciones que se producen en el universo y que el instrumento de la ciencia constata con grandes dificultades y hasta prevee con precisión meritoria, no son sino manifestaciones aturdidoras de creación gratuita, de su evidencia a solas, de su existencia airada, del por qué si de que aquí estoy y nada más. Se trata de una creación. El ingenio no puede darnos otro pretexto que el bíblico para independizarnos del mundo y estar libres de todo amarre con la flora y la fauna del planeta. Los chismes de Darwing no deben preocuparnos. Bien. Ahora, ¿Quién creó el universo? Dios. A nadie se le ocurre otra cosa. No vamos a inventar nada nuevo al respecto. Tenemos pues, por una parte, el universo, descubierto por nosotros a fuerza de mirar a lo lejos y de caminar de un lado para otro. El universo es para nosotros la extensión; el espacio. Luego, por otra parte tenemos a Dios, al autor forzado, minucioso y satisfecho de ese espacio que, como toda creación, debe haber sido concebido con amor y encerrar en sí las características de unidad y sorpresa de toda nueva extraordinaria. ¿Cuáles son esas características? Independencia y virginidad de conjunto, orden y unión en sus partes, libertad y equilibrio, armonía total. La naturaleza se encarga de demostrarnos estas cosas con sus ritmos impacibles y sus métodos silenciosos. La unidad que es armonía escueta está hecha de proporción definitiva y perfecta. La proporción es el cuerpo de la unidad. Ah, pero la proporción implica forma y la forma es límite. Límite rotundo. Luego, lógicamente, el espacio debe tener forma limitada y precisa. El que sus contornos nítidos estén en el infinito no tiene la menor importancia... El hombre concibe, pues, el universo como creación de espacio y al espacio como la creación

de un inmenso edificio, sólo, resplandeciente, proyectado y realizado por Dios.

De todo esto estamos poco más o menos seguros. ¿Pero cómo será ese palacio ideal? ¿Cuál será su silueta y su estructura? Eso es lo que los hombres han buscado y buscan desde que quisieron imitar al Padre Eterno volviéndose arquitectos. Según sus tendencias y posibilidades, los hombres y los pueblos no han hecho sino tratar de reproducir en su arquitectura el modelo especial magnífico y probable. Construyen universos en miniatura donde pretenden resumir la idea de Jehová. Platón sabía todas estas cosas pero es bueno repetir las de vez en cuando.

Hay indiscutible felicidad en el hombre al poder imitar al Creador. Esto lo define y separa de la bestia, poniendo en ridículo a todas las teorías sobre la evolución del occipital, el frontal y el coxis. El hombre se entregó gustoso y entusiasta a modelar espacio desde que tuvo conciencia de la arcilla. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, pero de barro. Al hombre no le quedaba sino tomar el barro restante y amoldarlo a imagen y semejanza de Dios. ¡Así resplandeció la geometría y resplandeció la arquitectura! Así principió este arte sublime enseñado directamente por el albañil celeste y no como una simple necesidad de alojamiento barato como creen algunos positivistas ingenuos.

Las diferentes culturas y civilizaciones definen su espíritu en la manera que tienen de concebir el espacio y de crearlo, es decir, lo definen en su arquitectura. Los estilos arquitectónicos son soluciones que tienden a resolver la forma y la estructura del espacio ideado por Dios. ¿Cómo se han concebido y se concibe esa forma y estructura? De mil maneras distintas. Desde el hombre prehistórico a nuestros días no hemos hecho sino considerar al espacio bajo múltiples aspectos de extensión y medida. Lo hemos cristalizado en diferentes moldes que creíamos o que nos parecen ideales y resueltos. Hemos deducido mil estéticas. No sabemos a qué distancia estamos del modelo absoluto, del edificio máximo y resplandeciente... Sólo sabemos que nuestras arquitecturas son espejos de piedra que exponemos a la luz divina para buscar su brillo... Allí donde aparece el reflejo deseado, allí se abre la perspectiva del universo, del espacio, de la casa de Dios...

Con estos antecedentes elementales podemos afirmar, sin equivocarnos mucho, que las formas arquitectónicas están más allá de la naturaleza. Son estructuras de espacio hechas con espacio. Son fórmulas de extensión que sólo se componen de distancias, amplitudes y profundidades. En el espacio mismo. Son contornos, fases y masas reducidas del edificio ideal... La naturaleza aparece como carne y revestimiento de ese edificio. Su expresión orgánica y decorativa. La naturaleza es cuerpo y ornamentación del espacio... Del mismo modo surge la masa y el ornato en arquitectura. Es el ropaje celular y brillante que la forma especial abstracta se confecciona con la naturaleza. La arquitectura es armonía de extensión pura, reposo o movimiento nítido de espacio, geometría armada que está a la base de la naturaleza y que la naturaleza encarna, acentúa, cubre o engaña... El peso y la ornamentación vienen de la naturaleza. La estructura viene de la forma con que el hombre pretende imitar al Creador en su obra diáfana de equilibrio.

Una columna dórica, un pilar gótico, una terraza en cemento armado, son simples formas de espacio, líneas, superficies y volúmenes sencillamente euclidianos... La naturaleza engorda y viste a esas formas, esas formas le piden a la naturaleza su gravedad y sus trajes y unas resultan lujosas, otras simples, pesadas, elegantes, leves, disparatadas, desnudas... La columna dórica es íntegramente arropada por la naturaleza que le da sus tejidos y su piel de mármol pulido y fino. La naturaleza refresca al pilar gótico con guirnaldas sueltas y floridas en su parte de transición y esfuerzo. A la terraza de cemento armado no sabe aún cómo adornarla... Allí la geometría está demasiado neta, el espacio demasiado abstracto la naturaleza no tiene todavía un lugar seguro para ofrecer sus gales. Por el momento se contenta con darle color a la extensión del cemento y prenderle una que otra joya suelta y aislada...



El hombre prehistórico creyó que el espacio era un inmenso volumen de peso formidable, mole que aguanta y sostiene todo, montaña inverosímil... Y los hombres prehistóricos hicieron es-

fuerzos sublimes para levantar pedrones dormidos y ofrecerlos a Dios, verticales, como agujas monstruosas u horizontales como capas geológicas suspendidas. . .

Se pretendió levantar el suelo de la tierra. Arquitectura cósmica y primera. La naturaleza virgen representó el espacio de Dios.



Los egipcios tenían la seguridad absoluta de que el espacio estaba en la duración, el tiempo en la distancia y que, por consiguiente, la eternidad era la verdadera forma del espacio ideal. . . Su arquitectura es regida por el triángulo que es la única figura indeformable. Se trazan galerías kilométricas para procesiones interminables. De la naturaleza extraen su esencia geométrica y la naturaleza se detiene, se paraliza latente y muda, como sorprendida por una orden superior de ¡alto!



Los Caldeos y Asirios tomaron el espacio celeste como forma tangible. Era la bóveda estrellada donde contaban los astros y adivinaban con ellos, era el desierto que irrigaron y llenaron de dátiles, era algo maleable y fácil de alcanzar. . . Su arquitectura levantó torres astronómicas, extendió y superpuso inmensas terrazas que dominaron el horizonte e hicieron reposar el peso del espacio sobre los lomos de toros con cabeza humana y con alas. . . La decoración se aplicó superficial y luminosa como el reflejo dorado del sol o como el brillo del agua. Era la luz del espacio mismo.



Los griegos descubrieron que el espacio era forma de inteligencia divina Forma nítida, perfecta, bella por sí misma. . . Y los griegos se entregaron a la forma espacial por amor a lo bello.

La unidad encerraba la idea de Dios, indivisible eterna. Forma y fondo, cuerpo y alma, era una sola cosa. Esa fué la solución de la arquitectura.

Rectas, planos, volúmenes, formaron un todo continuo, ligado de una pieza. La armonía universal se encontró en templos equilibrados de comparación entre el hombre, Dios y la naturaleza. Surgió la medida, la proporción...

El ornato fué cuerpo de la estructura; su expresión justa. Era el marmol ostentando su blancura, las metópas indicando su función de biombo, los frontones proclamando el tejado, lo más alto, el lugar de los dioses...

-----

Para los romanos el espacio era fuerza, acción, voluntad divina. Era forma de potencia. Crear espacio consistía en dominarlo, someterlo, concentrarlo, dividirlo... Los romanos crearon mundos retenidos bajo sus cúpulas inmensas como en el Panteón, atravesaron las distancias en sus arcos prodigiosos e infinitos, dividieron el suelo y lo reglamentaron en ciudades, canalizaron y repartieron aire fresco, tibio o caliente en distribuciones gigantescas, donde se embriagaban de amplitud como en las termas...

Los romanos fueron los creadores del espacio interior. Hubo vanidad en ello y lo expresaron por medio de una ornamentación pomposa. La naturaleza fué también dominada; le arrebataron sus columnas en Grecia, los arquivitres, las cornisas, mármoles y colores, y todo lo aplicaron suelto, aislado, sin función ninguna, sin respeto. Ellos eran dos amos. Con la naturaleza se tapó el hormigón en bruto y se engañó a la gente. La naturaleza fué teatro para ellos, telones que se tumbaban o se levantaban conforme lo exigía la forma tonante y vigorosa del espacio.

-----

En la Edad Media el espacio perdió su volumen tangible unificado en Grecia y desdoblado en Roma. La tercera dimensión se desprendió de la realidad y se elevó hasta el cielo. Allí fueron a buscarla. El espacio fué, una ascensión a Dios donde estaba la única forma posible. Al palacio deseado sólo se llegaba subiendo y la forma especial adquirió el movimiento de una llama vertical y violenta... Se alargaron y se sacaron los muros, se prendieron

los vanos y la naturaleza brindó sus flores frescas al incendio celeste: apareció la catedral gótica.

En la Edad Media la arquitectura fué expresión del alma, cristalización de su anhelo de libertad hacia arriba. . . . La forma del espacio no tuvo importancia. Era movimiento, vuelo.

~~~~~

En el Renacimiento hubo goce de vida. Se amó la pureza griega; la unidad. La potencia romana; la amplitud. El movimiento gótico; la expresión. El espacio tomó forma radical y se abrió como una rosa. . . . Surgieron siluetas rotundas de cúpulas esféricas suspendidas sobre rectos pilares místicos. La naturaleza tuvo la función justa que ordenó a los templos helénicos, el aspecto brillante que ostentaron los arcos triunfales de Roma y el perfume suave y ascendente que exhalaron ojivas celestes. . . . Así irradió sobre el suelo y se irguió victoriosa y palpitante de esperanza y de vida la Catedral de Florencia.

~~~~~

El espacio barroco alteró la trinidad luminosa del renacimiento. Hizo oscilar violentamente su forma y su luz adquirió sombras profundas y relieves fuertes. El espacio penetró los sentidos hasta el retorcimiento voluptuoso. La naturaleza se desbordó en refinamientos. La estructura perdió unidad divina y el volumen fué real, tangible y sabroso como una fruta. La tercera dimensión se tornó en instrumento de placer. El espacio fué más del hombre que de Dios. . .

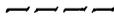
~~~~~

El hombre moderno ya no cree en la forma absoluta de un espacio sublime. La lógica, sola, determina la forma justa y perfecta. La ciencia ofrece como útiles la distancia y el tiempo. Ya no hay misterio de cielo. El espacio está todo en el equilibrio escueto de la materia misma, en la voluntad del hombre que le impone la forma, que fija sus esfuerzos y que se sirve de la naturaleza como

---

simple andamiaje... El espacio es la realidad para nosotros, la existencia exacta del volumen sin más allá que sus propias líneas y superficies duras, lisas y nítidas. Es geometría descarnada, mecánica, máquina admirable y sencilla para que viva el hombre con su razón a solas.

La idea de Dios parece ausentarse ya del espacio occidental cuya forma intangible nos viene como un recuerdo desde Atenas.



Para el hombre de Oriente la forma especial es ilusión pura, sueño, fantasía. El espacio es miraje. El volumen no tiene fondo... Es un espejo que lo refleja todo. Más allá de la imagen está el nirvana sin principio ni fin... La geometría que concreta es cosa absurda, es la mentira. El espacio se encuentra en el artificio del álgebra sin peso. La arquitectura es magia estructural, poema inverosímil de marfil donde se cuenta la historia de amor y felicidad del mundo...

**Héctor VELARDE.**

---